

Una dinastía médica extremeña: Los Ramírez de Olivenza

(Comunicación leída en la IV Reunión Nacional de la Sociedad de Médicos Escritores en Sevilla, 26-27 de Octubre 1979.)

En un documentado trabajo del profesor Rico-Avelino, sobre médicos extremeños, publicado en *Medicamenta* el 29 de Diciembre de 1956 (tomo XXVI, número 299), alude al doctor Francisco Ramírez Vas.

Francisco Ramírez Vas, que nació casualmente en Santoña (Santander) el 7 de Abril de 1818, puede considerársele oliventino distinguido, pues de esta histórica ciudad eran sus padres don Ciriaco y D.^a María Josefa y allí pasó su vida desde su niñez.

Estudia toda la carrera de Medicina en Madrid, terminando brillantemente sus estudios con el grado de sobresaliente, alcanzando además, tras brillante oposición pública, le fuera extendido gratuitamente el título de Licenciado en Medicina y Cirugía.

Ejerció con gran éxito la carrera en el pueblo de Olivenza, que bien pronto conoció la fortuna que le había cabido al tener a dicho facultativo, confiándole la titular y la dirección del Hospital de la Caridad, plazas que conservó hasta su fallecimiento, así como la subdelegación de Medicina del partido Judicial de Olivenza.

Además y como ayudante honorario que era de Sanidad Militar, tuvo a su cargo la asistencia de las fuerzas de caballería allí existentes.

Fue un médico respetado por su práctica acertadísima, gozando de la confianza de sus conciudadanos y amigos de la provincia que le hacía ser llamado muchas veces a consultas fuera de la localidad, a lo que contribuyó también su especial simpatía, finos modos y trato muy especial.

Quiero dejar bien sentado uno de los muchos rasgos de su vida profesional que da una idea del temple de su alma y de los sentimientos cristianos de su corazón. En el año 1855, cuando el azote del cólera sembraba el terror donde llegaba, Olivenza tampoco se libró de tan grave enfermedad. Pero si es muy frecuente y proverbial el valor de los médicos, luchando a costa de sus vidas en epidemias con enemigo invisible, que acomete traidoramente, son raros los que llevan el sacrificio como Ramírez Vas, hasta el heroísmo, haciendo cesión espontánea de su sueldo para el Hospital de coléricos, de cuya asistencia se encarga él solo hasta desaparecida la epidemia, siendo por esto condecorado con la Cruz de Primera Clase de la Orden Civil de Beneficencia.

Pero no queda reducida su vida a lo puramente médico (que ya es bastante cuando se ejerce con honradez y competencia), sino que fue un exquisito escritor fundador de *Estandarte Médico*, periódico que se publicó semanalmente desde el 1855; colaborador del *Siglo Médico*, *Pabellón Médico* y la *Correspondencia Médica*, así como del *Instituto Médico Valenciano*, por cuyos trabajos publicados en este periódico en 1861 mereció que aquella respetable corporación le distinguiera con diploma y misión honorífica el 21 de Marzo de 1862, enviándole el título de socio numerario.

En los últimos años de su vida publica muchos artículos en revistas científicas y literarias y un tratado de higiene.

La galanura de su frase y lo florido de su estilo, además de la claridad de conceptos, hicieron que sus escritos fueran leídos con especial agrado por sus contemporáneos.

Hizo escarceos por el género cómico y ¿cómo un hombre de esta preparación y de estos sentimientos no iba a publicar poesías?. Sirva de ejemplo:

Eres simpática. Elena
con tu trato angelical
una preciosa morena
encanto de Portugal.

Tú me recuerdas hermosa
lejos de la Patria mía
a la mujer vaporosa
de la bella Andalucía.

Por eso desde que te vi
al punto sentí por tí
tierna y profunda amistad
es un recuerdo además
que dedica a tu memoria
Francisco Ramírez Vas.

Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, perteneció a varias corporaciones médicas de España y del extranjero: entre estas últimas se hallaban la de Ciencias Médicas de Lisboa y entre las españolas la de Medicina y Cirugía de Sevilla, la Médico Quirúrgica matritense, la valenciana a la que antes aludimos y la Academia de Ciencias Médicas de Badajoz, en la cual leyó en el año 1877 un documento discurso sobre la curación súbita y espontánea de la ceguera de Felisa Sánchez, en cuyo trabajo después de exponer todos los medios con los que la ciencia disponía, de una manera milagrosa recobró la visión, terminando con estas palabras: «Allí donde concluye la ciencia principia la duda.» «He aquí la fórmula filosófica de un médico cristiano.» Fórmula que yo profeso y proclamo con orgullo.

Ejerció la profesión desde 1848, hasta el 13 de 1880, fecha de su fallecimiento víctima de un ataque de apoplejía, cuando tenía sesenta y dos años y todavía aquella vigorosa inteligencia podía ser útil a sus enfermos y a todos los que le rodeaban.

El pueblo oliventino lloró intensamente la muerte de su médico. Olivenza no olvidará jamás las infinitas pruebas de caridad, ciencia y valor que recibió del Dr. Ramírez Vas, por eso el pueblo en masa acudió acompañándole a su última morada al que fue gran médico, gran humanista y gran caballero.

Continuadores de la obra de D. Francisco son dos familiares directos suyos. Los señores D. Benardino Ramírez Díaz-Canseco, sobrino carnal é hijo político y D. Matías Ramírez Ramírez, nieto del primero e hijo del segundo. D. Benardino nació el 1 de Mayo de 1856, en Burguillos del Cerro, era hijo de D. Narciso Ramírez Vas, que fue varios años Inspector de Primera Enseñanza en la capital cacereña, colaborador asiduo del *Noticiero Cacerense* y uno de los primeros hombres que estudiaron el problema de las Hurdes y que falleció tempranamente. Esto motivó que D. Benardino se colocara

de mancebo en una farmacia de Madrid para terminar su carrera, lo que hizo con gran aprovechamiento.

Don Benardino casó con D.^a Mariana Ramírez Navarro, hija de Ramírez Vas, de la que tuvo tres hijos: Narciso, Matías y Julián, y al fallecimiento de su esposa contrajo nuevas nupcias con doña Amelia Ramírez Villalobos (sobrina del que fue célebre obispo de Badajoz D. Fernando Ramírez Zambrano), siendo fruto de este matrimonio María Ramírez y Ramírez.

Don Benardino, que estudió en Salamanca, ocupó la vacante de D. Francisco en la Beneficencia, en el Hospital de la Santa Caridad y en la Subdelegación de Medicina, comenzando su ejercicio profesional en el 1880. Resolvió operaciones quirúrgicas con gran habilidad y profundos conocimientos en el quirófano del Hospital de la Caridad, llegando hasta hacer trepanaciones y extirpación de tumores. Resolvió graves casos de Medicina interna sin contar con los medios diagnósticos que disponemos hoy. Su arsenal terapéutico estaba integrado fundamentalmente (como nos dice el Dr. Enríquez Anselmo en un documento trabajo) por enrevesadas fórmulas vegetales con siete u ocho sustancias, los emplastos, cataplasmas, lavativas y purgantes, así como las célebres y anemizantes sangrías, dedicando una buena parte de su vida a la homeopatía.

Da fe de su prestigio y experiencia el siguiente verso:

El Sr. D. Benardino
es un hombre que nunca erró
y cuando a mí me curo
es un profesor de tino.

En Cirugía es muy fino
y su ciencia es un sin fin
el tiene mucho tñfn
y nunca fue perezoso
este tumor canceroso
lo cura el tal Celemín

Y lo cura sin temor
sin mirar al que dirán
si no lo cura Galván
que es un simple ferraor

y si sufre algun dolor,
 que tenga el pobre paciencia
 si Ud. cura su dolencia
 como otras de gravedad.
 Esta casa é caridad
 siempre ha de honrar su ciencia.

Su vida y esfuerzos los dedicó de lleno a la profesión, ayudado mucho a los pobres, dándoles no solamente su trabajo y medicinas, sino dejando con mucha frecuencia una moneda debajo de la almohada de muchos de sus pacientes.

De carácter muy abierto, hizo famosa una frase que decía al entrar en cualquier sitio donde hubiera gente «¡Qué hay, jóvenes!»

En 1919 cooperó grandemente en la grave epidemia gripal que invadió España produciendo una mortalidad enorme. Se enviaron desde Madrid a Badajoz y pueblos importantes «estufas» y desinfectantes para rociar a los viajeros que llegaban a las distintas ciudades, haciéndose famosa una letrilla que decía así:

Al entrar en Olivenza
 me quisieron fumigar
 y después de fumigado
 no me dejaron entrar.

Tuvimos la suerte de conocer a D. Benardino en los primeros años de nuestra niñez en Candelario, donde paseaba por sus empinadas calles acompañado muchas veces por mi padre, médico titular de la villa y por el Dr. D. Filiberto Villalobos. Su indumentaria le hizo célebre al llevar un pañuelo anudado al cuello y el típico salacol. Estas dos prendas daban a la humanidad de don Benardino una personalidad tan singular, que cuando visitaba las cuatro aldeas anejas de Olivenza montando en su caballo. Era un modelo que debió haber inmortalizado algún escultor de la época como prototipo del médico rural.

Se jubiló antes de tiempo, pero con cuarenta y dos años de ejercicio activo para dejar la plaza libre de Olivenza a su hijo Matías en el 1922, pero no falleció hasta el 7 de Febrero de 1936, por lo que vivió ochenta años.

Don Matías Ramírez y Ramírez que nació en Olivenza el 22 de Abril de 1884, estudió toda la carrera en Madrid, contrayendo

matrimonio con D.^a Clementina Carballo Ramírez, no quedando descendencia.

Los primeros años profesionales los ejerció en Alconchel, siendo condecorado con la Gran Cruz de Beneficencia por su actuación en la epidemia de tifus de Alconchel, Cheles y Táliga en 1918. Pasó en 1922 a ocupar la titular de Olivenza, donde ejerció cuarenta y cinco años con gran prestigio, hasta el 6 de Febrero de 1967 en que falleció.

Fue Director del Centro de Higiene, interviniendo de una manera eficaz en la erradicación del paludismo en los años de la posguerra, siendo además de Médico titular, miembro de la Asociación Nacional de Médico Titulares, llamados desde entonces de A.P.D., contribuyendo con su trabajo e inteligencia a que se mejorara en pocos años dicho cuerpo asistencial.

Hemos querido con estas breves notas rendir tributo de admiración a tres ilustres compañeros, que llenaron con sus vidas más de un siglo de Medicina en la bella ciudad extremeña de Olivenza.

Dr. MANUEL SANABRIA ESCUDERO